SUPLEMENTO ESPECIAL
1983-2003







20 años no es nada

Escriben:
Osvaldo Bayer / Miguel Bonasso / Luis Bruschtein
José P. Feinmann / Martín Granovsky
J. M. Pasquini Durán / Sandra Russo









POR LAS PUNTAS ES MEJOR

Por Martín Granovsky

Por alguna extraña razón, los 20 años de democracia están mejor en las puntas que en el centro. Empezaron bien: Raúl Alfonsín decidió juzgar a los ex comandantes y al menos exhibió una preocupación por afrontar la crisis de la deuda externa torciendo el rumbo económico de la dictadura. Terminan bien: Néstor Kirchner presiona para renovar la Justicia desde arriba, desde la misma Corte Suprema, mientras intenta usar su margen de maniobra en negociaciones con las privatizadas con la idea de que el poder presidencial será relativo pero nunca es despreciable.

Kirchner suele decir en conversaciones privadas con sus ministros que la Argentina, con el default y la devaluación, cruzó el Jordán. "Yo no voy a volver atrás, del otro lado del río, pero tampoco voy a ser tan tonto de ignorar que el cruce del río sinceró la situación y mostró cómo estaba la Argentina", acostumbra razonar.

Al principio de la democracia, la Argentina también había cruzado su Jordán. El régimen militar había sido derrotado en la guerra de Malvinas y entonces ya nada parecía capaz de frenar la descomposición interna y la corrupción de las Fuerzas Armadas, una situación estimulada, además, por una deuda externa en estado explosivo y la presión internacional.

No es que Alfonsín estuviera desprovisto de mérito alguno al decidir el juzgamiento de los comandantes, hecho único en el mundo, tal vez junto con Grecia, de revisión ejercida desde un poder civil frágil y no a partir de una ruptura revolucionaria.

Al contrario: en política, ninguna decisión es inevitable. Ni buena ni mala. Sin presión popular para juzgar a las juntas, el nuevo gobierno entendió que ese acto marcaría una diferencia con el pasado y, además, sería bien recibido aunque no hubiera sido reclamado.

Kirchner podría no haber presionado para renovar la Corte. Incluso durante la presidencia de Eduardo Duhalde, que al final logró estabilizar la economía alejando el riesgo de otra híper, los cambios institucionales eran vistos como un adorno innecesario que podía convertirse en un lastre capaz de arrastrar hacia abajo toda la transición política.

Tampoco era inevitable el tipo de negociación con las privatizadas. Dentro del menú disponible Kirchner optó por demorar la discusión sobre tarifas mientras acumulaba un mínimo de poder. La Corte y las privatizadas funcionaron, también, como grandes símbolos. Si con Carlos Menem el símbolo fueron las relaciones carnales –después de eso, debería quedar claro para cualquiera que Menem estaba dispuesto a sepultar el mito antinorteamericano del primer peronismo–, con Kirchner la noción de autoridad reconstituida debía ser leída, a los ojos del nuevo gobierno, en clave de un Estado menos bobo y con mayor voluntad de tomar decisiones políticas.

También en política exterior los 20 años empiezan y terminan mejor de lo que transcurrieron.

Alfonsín comenzó tejiendo una relación especial con Brasil. La necesitaba para eliminar excusas que impidieran el desarme de los militares argentinos. Esa relación especial es casi lo único que Alfonsín mantuvo incólume durante su gobierno aun en los peores momentos de crisis. Kirchner inició también una relación especial con Brasil luego de que Menem vaciara al Mercosur de política. La necesita porque la Argentina es aún menos de lo que era en 1983 en el mundo y jamás podrá negociar decorosamente como un pequeño país aislado. Kirchner tiene la ventaja de que en Brasilia gobierna Luiz Inácio Lula da Silva, dispuesto como nadie desde José Sarney a construir política conjunta. La duda, aún, es si la Argentina consolidará su asociación estratégica con Brasil o ubicará su relación con el vecino no como privilegiada sino como una más entre otras: México, Chile, los Estados Unidos, Europa. En otras palabras: si la ambigüedad deseable de no alinearse con Europa o los Estados Unidos sino más bien oscilar, la ambigüedad nociva es poner a Brasil casi en el mismo plano que al resto en la política exterior argentina. Y eso porque, más allá de cualquier ideología, la Argentina cotiza menos sola que acompañando al vecino.



Que las puntas sean mejor que el medio podría representar una condena. La de un país irremisiblemente destinado al fracaso porque todo lo que empieza bien termina mal. Sin embargo, una conclusión así parece naïf. En todo caso, podría enunciarse de este modo: no todo lo que empieza bien terminará necesariamente bien, pero tampoco necesariamente mal. Ni el final feliz ni el horrible están comprados de entrada en las transiciones. Y quizás la verdadera conclusión surja de allí. Es que las transiciones fracasan cuando cumplen la primera etapa –la estabilidad democrática en el caso de Alfonsín, el fin de la recesión para Kirchner– y los gobiernos ceden a la tentación de abandonarse a la rutina. Porque en política no hay decisiones inevitables. Ni siquiera las malas.

Adrián Pérez



CUMPLEAÑOS

Por J. M. Pasquini Durán

Los aniversarios, casi siempre, son ocasiones que permiten especular sobre el futuro con el pretexto de repasar el camino transitado. Después de veinte años de democracia, hoy mismo inician la tercera década muchos de los que estuvieron en el arranque, aunque no todos, y hay un puñado de caras nuevas en el Congreso nacional, a pesar de las ganas populares de expulsar a la mayoría, que ya fracasaron en servir al bienestar general, porque no pudieron, no supieron o no quisieron. La nueva etapa cuenta con un Presidente popular y ningún partido que le sea propio, en el sentido de lealtad y compromiso con determinadas políticas. En la formalidad el PJ, origen de Néstor Kirchner, tiene mayoría propia en ambas Cámaras y gobierna 15 provincias, pero esa cuenta no quiere decir mucho mientras no reconozcan a la Casa Rosada, además de alojar al Poder Ejecutivo de todos los argentinos, también como sede de la jefatura partidaria. A lo mejor, esta previsión refleja un modo arcaico de percibir la política, sobre todo la nueva política, bajo la influencia de las remembranzas. La lógica contable que hace a un lado la dinámica social suele llegar a conclusiones equívocas o erradas. De acuerdo con esa lógica de puro recuento nadie sabe cómo pudo sobrevivir el impulso democrático inicial.

Los primeros siete años de los veinte que hoy cumple la democracia republicana transcurrieron durante la llamada "década perdida de América latina", debido a la crisis de la deuda externa, el decrecimiento de la economía y la hegemonía mundial de los conservadores con Ronald Reagan en Estados Unidos y Margaret Thatcher en Gran Bretaña. Los siguientes once años estuvieron bajo el control del "pensamiento único" de la ultraderecha neoliberal, con sus secuelas de pobreza, desempleo y exclusión que afectaron a más de la mitad de la población. Los últimos dos, salvo seis meses del presente año, fueron estremecidos por una crisis institucional, en la que llegaron a un pico de tensión las malas relaciones entre las dirigencias partidarias y la ciudadanía. De los ocho titulares del Poder Ejecutivo, cuatro surgieron de las urnas (Carlos Menem dos veces) pero dos (Raúl Alfonsín y Fernando de la Rúa) tuvieron que abandonar el cargo antes de terminar el mandato, y los otros fueron provisionales, dos por algunas horas, el tercero (Adolfo Rodríguez Saá) por una semana y el cuarto (Eduardo Duhalde) alrededor de un año. El actual salió segundo en la primera vuelta, detrás de Menem, pero como éste abandonó antes de la decisiva segunda vuelta fue proclamado Néstor Kirchner, que ganó por absoluta mayoría en las encuestas de opinión durante el primer semestre de gestión.

A pesar de los contrastes, sobrevivieron las instituciones republicanas, aun con su desprestigio a cuestas, debido sobre todo a que la mayoría renunció al pasado de golpes de Estado y muchos se propusieron participar de alguna manera en la construcción del destino colectivo. Sería inacabable la contabilidad de actos, mítines, marchas y otras formas de manifestación que cada día de estas dos décadas estuvieron en las calles demandando legítimas reivindicaciones, justicia en primer lugar, desde las que acabaron en Catamarca con el feudo de los Saadi hasta los que reclamaron normas para la procreación responsable o el derecho individual a la libre opción sexual. Por centenares se cuentan las organizaciones sociales no gubernamentales que surgieron en estos veinte años para hacerse cargo de tareas relacionadas con la solidaridad y el bien común. Por miles hay que contar las radios comunitarias de frecuencia modulada que nacieron para difundir, de muy distintas maneras, la palabra y la opinión de los vecinos. Este diario es posible mediante el ejercicio práctico del derecho a la libre expresión, mal que les pese a sus detractores. Algunos movimientos de alcance nacional, los que defienden los derechos humanos, fueron anteriores a 1983, y otros, como la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) que rompió el monopolio burocrático de la representación obrera, pudieron levantarse al amparo de la democracia republicana. De la propia decadencia económica floreció un movimiento tan potente como el de "piqueteros", alzado contra la exclusión masiva.

En el mismo plazo, también el mundo sufrió transformaciones que lo modificaron hasta las raíces. La llamada "globalización" económica, dimensión planetaria de la victoria del capitalismo después del derrumbe del comunismo europeo, la democratización de la región latinoamericana y la búsqueda de nuevas respuestas, entre ellas la frustrada "tercera vía" de los socialdemócratas, a viejos y nuevos problemas, han tenido repercusión directa en la marcha argentina. También hubo terrores inéditos como la destrucción de las Torres Gemelas de Manhattan y el ataque contra la sede del Pentágono, estado mayor de la más formidable maquinaria de guerra, que desató la revancha norteamericana, en otra fase de la expansión imperialista. Argentina tampoco escapó de la agresión alevosa del enemigo anónimo, en las sedes de la AMIA y antes en la Embajada de Israel en Buenos Aires.

Estos recuentos, dibujados con brocha gorda, tienen el propósito de establecer un balance de tendencias antes que una minuciosa reconstrucción histórica. Por otra parte, cada persona guarda en la memoria los asuntos vinculados con su propia experiencia, por lo que cualquier intento de clasificar los resultados de estas dos décadas en buenos y malos podría tener tantas respuestas como encuestados. Hay una conclusión innegable para cualquiera: la democracia permanecerá incompleta hasta que sean redimidas las tremendas injusticias sociales. ●

EL TATUAJE IRREVERSIBLE

Por Sandra Russo

Aquel día nos despertamos temprano. Por una vez, Emilio y yo íbamos a ir juntos a la Plaza de Mayo. Desde hacía un par de años, desde que a la dictadura se le había empezado a notar la osteoporosis y la gente aprovechaba cada mínima grieta en los huesos de la bestia para inyectar ahí, en esos pliegues infinitesimales, la semilla de otra cosa, Emilio y yo, que estábamos casados vía Paraguay –esto no es un detalle, ya verán–, salíamos a la calle juntos pero después nos separábamos. El se iba a las columnas peronistas y yo me iba a las del PI.

Aquel día, entonces, nos despertamos temprano como se despiertan los chicos el día de su cumpleaños. Y nos fuimos caminando, cerca del mediodía, hasta la Plaza. Las multitudes en ese entonces no me intimidaban. Es que hacía muy poco que las conocía, debe ser por eso. Del silencio aberrante de los primeros años de dictadura, habíamos pasado a ser pocos, un par de centenares apenas, los que marchábamos en las primeras caminatas por los derechos humanos. Uno se preparaba para esas marchas. Iba en zapatillas, porque seguro que había que correr o que escapar. Uno llevaba el documento de identidad. Y acordaba con familiares o amigos darse mutuamente noticias a determinada hora, para quedar cubierto. Fue recién un año antes de aquel día, en 1982, que un paro de la CGT, el 30 de marzo, sacó a miles a la calle. Fueron salvajemente reprimidos. Yo trabajaba en *Humor*, en la redacción de la calle Piedras. Por el balcón vimos la feroz caza de manifestantes. Los gases y las balas de goma y plomo atronaron durante toda la tarde. Ese día volví a mi casa asqueada y con náuseas porque el colectivo olía a gas, la ciudad olía a gas, y la gente olía a gas. Nadie hablaba. Nadie gritaba ya a esa hora.

Y sin embargo, tres días después, otros miles gritaron en la Plaza. Por Malvinas. Frente al borracho. Gritaban y vitoreaban. Y ahí entreví el sostén verde mierda sobre el que se había apoyado la dictadura y sobre el que hasta hoy, veintiún años después, sigue apoyándose la derecha argentina. Esa tanática atracción fatal por la revancha, la falsa bandera, la muerte, el odio, el fascismo. Esa versión horrible del argentino medio festejándole al monstruo su as en la manga.

Emilio y yo nos habíamos casado vía Paraguay porque acá no había divorcio. Y nos teníamos que casar para que mis padres no se quedaran sin la satisfacción de que su única hija hiciera una lista de regalos (una concesión, admito, acorde al argentino medio). Nos casamos por poder en una oficina del barrio de Tribunales, ante dos hombres con aspecto de traficantes de droga mal cortada. Encargué las tarjetas de invitación en una imprenta que quedaba enfrente de *Humor*. Recuerdo la cara de desconfianza del imprentero cuando le di en un papelito el texto de lo que quería poner en mis tarjetas de participación. Comenzaba diciendo: “Comunicado número 1:”.

No lo habíamos meditado mucho. Salió así. Ahora, a la distancia, creo que en aquel acto privado, un casamiento, pusimos sin saberlo toda la desesperanza y la impotencia que habíamos absorbido durante la larga pesadilla de la dictadura. Un casamiento falso, concretado por poder ante dos truchos, más destinado a la mirada ajena que a la propia, y en el contexto de un régimen asesino. Aquella tarjeta que empezaba diciendo “Comunicado número 1:” fue, más que una humorada melancólica, un reflejo inconsciente de la enajenación de nuestras vidas privadas. No éramos dueños de ellas, y lo estábamos declarando.

Aquel 10 de diciembre de 1983, decía al principio, nos levantamos temprano y fuimos a la Plaza. El tiempo estaba como suspendido. Estábamos entrando en otra dimensión. Ningún cambio de gobierno en estos veinte años es comparable a aquél. Se percibía. Teníamos a la historia montada sobre los hombros. Teníamos a miles y miles de ausentes ahí mirándonos. Teníamos un dolor inconcebible anudado en la boca del estómago. La Plaza estaba llena, tan llena como nunca la vi. Acaso otras veces ha estado tan llena como ese día pero para mí no, para mí aquella plaza del principio de la democracia fue la plaza más llena del mundo, la que contuvo y almacenó ese mediodía una descomunal cuota de agobio y esperanza, la que me dio el pasaje de regreso a mí misma, la plaza por la que había gritado, llorado y padecido, la que me había desvelado.

Nos ubicamos al azar en la esquina del Banco Hipotecario. Vimos entrar por la calle lateral una enorme columna de la JP. Sus consignas honraban a sus muertos. Los aplausos de las otras columnas los honraban también. Hubo un estremecimiento general, una mezcla de sudores y lágrimas y gritos. Lo escribo y el tiempo no ha pasado. Estoy ahí, en mi auténtica primera comunión. Estoy ahí, guardándome como un tatuaje irreversible la sensación de que llegó la democracia quiere decir que se acabó la dictadura y eso es bastante, es increíble, es fabuloso. Pero sé –y lo sabré mejor después– que la democracia va a tambalear, va a desfallecer, va a defraudar, va a enmudecer. Y que la democracia todavía va a tardar, que hace que llega pero que no llega, que tal vez falten años, muchos años, más de veinte, para que asome no solamente como el fin de la dictadura sino como un sistema justo. Sé, ese día mientras estoy ahí, que ese país de 1983 no es un país distinto al de 1982, cuando en esta plaza se vitoreó a Galtieri, pero estoy ahí, viendo llorar a todos más de espanto por el pasado que por confianza en el futuro, porque al futuro hay que hacerlo y no sabemos cómo, y estoy ahí, con mi tatuaje irreversible que dice se acabó la dictadura, y estoy aquí, veinte años más tarde, esperando que este país sea justo. ●



Adrián Pérez



DEMOCRACIA DE UNA SOLA VOZ

Por Luis Bruschtein

Estos últimos veinte años han sido el lapso democrático más duradero de toda la historia argentina. Es un record pobre en casi 200 años de independencia. La pregunta es cuánto se aprendió y la respuesta es poco. Y la explicación es que han sido veinte años de hegemonía de una sola voz y ninguna sociedad tiene sólo una. Entonces, la pregunta siguiente: ¿es posible que un país con tan poca historia democrática sólo haya podido transitar estos veinte años, justamente porque se daba esa hegemonía apabullante? No hay respuesta. La respuesta a esta cuestión será elaborada en los años que vienen, porque esa hegemonía ha sido resquebrajada y habrá que aprender a sostener una democracia de muchas voces.

El desafío será para quienes fueron hegemónicos –obligados ahora a confrontar y compartir espacios– que se verán muy tentados a recuperar esa hegemonía por la vía que sea, en especial por la autoritaria. Y también para los que no tuvieron voz en estos veinte años, porque tendrán que aprender a consensuar, confrontar y negociar sin que eso signifique una resignación ética ni de principios.

En realidad, recién ahora se pondrá a prueba la capacidad y la potencialidad democrática de la Argentina. Da miedo, porque la experiencia histórica pareciera decir que esa potencialidad es poquita. Cuando cayó la dictadura, se dijo que no había cuadros políticos formados en democracia. En ese momento se pudo conceptualizar esa idea porque las diferencias formales entre el régimen dictatorial sin justicia y una sociedad con elecciones, con Parlamento, sin censura y otras libertades como las de expresión, manifestación y demás, eran grandes y cualquiera las podía ver.

Ahora no se dan esas diferencias formales tan evidentes y cualquiera podría decir que hay muchos políticos formados en democracia.

Pero sería un error. Las pautas culturales que se crearon en todos estos años no sirven. Después de la represión, de la caída del Muro y del desarrollo de la globalización financiera, la izquierda dejó de hacer política. Cualquier intervención en la política fue vista por ella como sinónimo de corrupción y resignación de banderas, entonces se recluyó en lo que aparecía como lo más valioso de su bagaje, que era el discurso y la denuncia. La hegemonía apabullante y excluyente del neoliberalismo en la sociedad la arrinconó en una práctica testimonial y sectaria. Fue el rol que le permitieron y en el que se formó en los últimos 30 años.

El centroizquierda y corrientes populares minoritarias del peronismo intentaron enfrentar esa hegemonía en el plano político, pero casi de partida resignaron el plano de la economía. Plantearon que la economía tenía reglas naturales que había que aceptar y se sumaron a las privatizaciones y los ajustes, con teorías ultramodernas sobre la gobernabilidad y la transparencia que fracasaron estrepitosamente. Es decir, la izquierda no existió y el centroizquierda sumó su voz a la voz hegemónica.

No sirven las prácticas de la izquierda ni del centroizquierda de todos estos años porque fueron modeladas por una cultura política que logró que ambas fueran funcionales a lo que supuestamente querían transformar. El desafío está en que puedan modificar esos esquemas. En el caso de la izquierda, deberá romper ese molde testimonial y sectario que le imprimió el neoliberalismo. Y el centroizquierda y el progresismo en general deberían aprovechar esa capacidad de consensuar para confrontar alguna vez con los sectores de poder. Cada quien tendría que hacer lo que tiene que hacer y no lo que el neoliberalismo los indujo a hacer, y para eso hace falta romper un molde de conductas, aceptar que es necesario revisar esas pautas y encontrar un soporte conceptual diferente para actitudes diferentes.

La voz opositora real desde la sociedad no estuvo en estos veinte años de democracia y en treinta años de neoliberalismo en los partidos políticos sino en el movimiento social. Primero fue el movimiento de derechos humanos, cuya actividad instaló en la sociedad un fuerte rechazo mayoritario a cualquier opción dictatorial, que es uno de los logros más importantes de estos años.

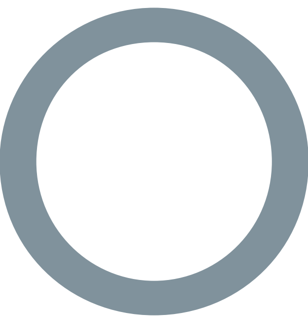
En forma cronológica, irrumpió luego el gremialismo combativo expresado centralmente en la CTA y en otros agrupamientos menores que durante los diez años de menemismo, junto con el movimiento de derechos humanos, fueron los únicos convocantes a marchas y actos enfrentados al modelo económico. Y finalmente surgieron el movimiento piquetero y el movimiento asambleario. El movimiento de derechos humanos, el gremialismo combativo y el movimiento piquetero y asambleario expresaron las voces disonantes desde la sociedad en estos veinte años. Pese a algunos vasos comunicantes, lo cierto es que esos movimientos no tuvieron una representación política. Hicieron política como pudieron e incluso a veces incorporando los vicios por derecha e izquierda de los partidos, pero no se desnaturalizaron en la medida en que no abandonaron su raíz específica, sus frentes concretos de acción.

Sin embargo, esa separación entre el movimiento social y la política también expresó de alguna manera la intromisión ideológica del neoliberalismo porque, de hecho, limitó su capacidad de incidir sobre la realidad.

La democracia de estos veinte años estuvo signada por esa hegemonía excluyente del neoliberalismo. Esa hegemonía se resquebrajó porque también lo hizo el esquema económico sobre el que se apoyaba. Es de suponer entonces que esta democracia tomará una dimensión distinta. La realidad cambió, pero los protagonistas, hasta ahora, son los que se han formado en ese tiempo. Si esos protagonistas no cambian, surgirán otros que serán más eficientes para encontrar respuestas a una situación nueva. Y la eficiencia de esos nuevos protagonistas pondrá a prueba la vocación democrática de los sectores del poder económico, acostumbrados a no compartir espacios.

TERMINAR CON LO QUE SE DABA

Por Osvaldo Bayer



tra vez la crisis radical-peronista en el país peronista-radical. Después de la dictadura más cruel de la historia, el gobierno de Alfonsín, mezcla del primer gobierno y el segundo gobierno de don Hipólito, con rasgos un pocos más académicos pero de prosa de bancada radical en cualquier legislatura; después Menem, el aspecto liberal-sucio del peronismo que se nos va de casi el socialismo (por lo menos en las expresiones de sus teóricos) al liberalismo más pagano (como ensayó el propio Perón cuando empezó con los contratos petrolíferos y tropezó en el umbral); luego, otra vez el radicalismo con De la Rúa, en un ambiente enrarecido de década infame, aquella de los finales, con el radical Ortiz y el conservador Castillo y con la mafia de Avellaneda y su caudillo barrial Barceló, que hoy se ha trasladado a Lomas de Zamora. Todo es igual, nada ha cambiado. Hasta ahí dieron las dos décadas, con un amanecer actual un poco nublado en el que la gente cree que va a salir el sol y otros prenden el televisor y esperan a ver cómo termina el diálogo de "gestos" entre la Rosada y Lomas de Zamora y viceversa con La Plata. Veremos, ¿saldrá el sol?

Veinte años donde Alfonsín nos enseñó la perfección del modificar todo para no cambiar nada y nos dejó desnudos y con frío ante un riojano disfrazado de Papá Noel. Atados de pies y manos. Y se dio el festín. Con su barra y sus avisados tahúres. Un Alfonsín entre yrigoyenista y alvearista nos da el abrazo y huye de una Casa Rosada plena de figuras planchadas burocráticamente con el mismo léxico y nos deja en un palacio de las mil y una noches iluminadas con lamparitas licitadas en Siria, en divisas, y adornos de un Oriente más que lejano usados ya en los boliches de Anillaco. El fulgor, el esplendor, la sonrisa, la mano en el bolsillo ajeno, pero por descuido... Y después, como decíamos, Fernando de la Rúa, surgido de la temporada de invierno de Punta del Este. Una figura modelo para ser rey de España en tiempos de joda y jolgorio. Y en el preciso momento, nada de nada, el helicóptero.

Nuestra democracia fue radical-peronista, peronista-radical, por siempre. Al parecer hasta ahora. La fórmula Yrigoyen-Perón ya no funciona. El río se ha desviado y ha formado una laguna llena de espejismos. Hay brillos, nubes bajas, pero sol, un sol que empezó a puro rayo y que hoy, a pesar de unas nubecitas crecientes, sigue casi con el mismo brillo. Ojo, pero los nubarrones están bien en la línea de los amaneceres, por el lado de donde se mire. Seamos voluntariosos y de una vez por todas optimistas. Total qué cuesta, si hemos perdido siempre. Catorce dictaduras militares entre el radicalismo-peronismo. Figuras feroces como Uriburu y Videla, y con signos cerebrales de la negritud conventual en un Onganía. Todo esto después de un largo período positivista-liberal de la tierra para el que "la agarra" y Roca señor en los monumentos del país. Aquel que dijo: "He cumplido con mis dos convicciones: la de eliminar al salvaje y ser estanciero". Y mirar a Europa. Y de ahí partimos, el destino y nuestros miedos nos dieron dos calles para elegir y por ellas caminamos con banderas y con coros pero, claro, por ahí tuvimos que sortear los balazos de la semana trágica o las capuchas del verdugo cínico, aquel López Rega que sigue mirándonos desde la azotea del Departamento Central. Y llegamos a aquellas jornadas del que "se vayan todos". Hubiera sido una gran oportunidad histórica. El "régimen" bipartidario hubiera tenido oportunidad para alejarse en el horizonte de las nostalgias y las tumbas.



Dyn

Pero no fue así. Finalmente no se fue nadie y volvieron todos. La dupla Duhalde y Alfonsín apretó las tuercas y dieron un golpe magistral: llamando a nuevas elecciones. Y todo el mundo con la boca abierta volvió a su casa. Y siguió el mismo poder sin cambiar nada. Salvo que les salió un hijo raro. Kirchner en vez de parecerse a Ruckauf empezó a hablar un lenguaje como si hubiera leído a don Jauretche y a veces, también, a John William Cooke. Después se fue quedando, quedando. Y ahora todos esperan. Mientras tanto, "volvieron todos" al Congreso, a los ministerios, a las legislaturas, a los gobiernos provinciales.

Nadie, ahora justo, en el día de los veinte años, puede adivinar qué es lo que va a pasar con nuestro país. O gobierna con "todos" los clásicos de su partido y repite la receta peronista. O dice: basta ya y se aleja de ellos y crea un nuevo movimiento popular, sin los todos y sin las mafias nacionales y provinciales. Y hace una limpieza ejemplar, una firme política latinoamericanista y define la economía argentina, entre la Argentina de los desocupados y de la miseria creciente, o la Argentina solidaria del reparto justo y la justicia. No hay otro camino. Todo lo demás será morir de a poco, acomodar de a poco, hablar mucho, con un pueblo de basureros y de violentos o de voluntarios para hacer crecer un país diferente. La República de los honestos y solidarios. Gran parte del pueblo espera eso, terminar con todos los restos de impunidad y con una tradición donde se ha elevado a la calidad de héroes nacionales a genocidas y reyes del acomodo.

El pueblo espera, y trabaja para el cambio honesto. Pese a todas las críticas de los establecidos, las fábricas ocupadas por sus obreros, marchan y son un ejemplo, a pesar de los señores Sobisch o de los jueces primeros del caso Brukman (para no hablar de la actitud vergonzosa de la policía corrupta), o los piquetes y también las asambleas barriales, que existen y están presentes todas las semanas en plazas y calles.

El último domingo tuve una de las grandes satisfacciones de mi vida. Los vecinos de Floresta votaron para eliminar el nefasto nombre de Coronel Falcón de una hermosa placita en el corazón del barrio. Fue una verdadera fiesta popular con clase de historia, teatro y música. Borrar el nombre de un asesino uniformado que mandó a atacar la pacífica demostración del 1º de mayo de 1909 era un deber para toda persona que aprecie el honor y la vida.

Un bochornoso ejemplar de uniformado quien creía que el mando que se le da es para demostrar su poder y violencia. Siempre van a estar allá presentes en la Plaza del Congreso los cadáveres de los valientes trabajadores que peticionaban las ocho horas de trabajo, las sagradas ocho horas de trabajo, que este militar cerril y bestia quiso cercenar a balazos y sablazos. Fíjese el lector cómo ha actuado nuestra sociedad: premio al verdugo que trataba de cercenar un derecho humano hoy reconocido por las legislaciones de todo el mundo. (Aunque hoy, en nuestro país, los gobiernos radical-peronistas miran para otro lado cuando a nuestros trabajadores y trabajadoras se les hace trabajar hasta doce horas diarias.)

El nombre de ese genocida uniformado, para vergüenza de la Etica, fue puesto al colegio de cadetes de la Policía Federal. Fíjense qué ejemplo: al asesino de obreros en la puerta de la iniciación de los que tienen el deber de hacer reinar la verdadera justicia.

La resolución del barrio de Floresta señala nuevos aires. La Plaza ha pasado a llamarse "Che Guevara", votado por la mayoría. Cualquier resolución comunal en contra hablará contra la democracia vecinal y mostrará lo retrógrado del pensamiento de los "que se quedaron todos".

Esperemos, pero con la voz en la calle. El pueblo espera la largada. Hay mucha confianza todavía. Aunque impaciencia. Se ha esperado veinte años, para esto. Pobreza, angustia, hambre, un pueblo de basureros y no de poetas, de padrinos y ahijados y no de ciudadanos. De Planes Trabajar y no de Salarios Dignos en condiciones dignas. De calles rotas y ranchos de lata. De obediencia debida y crimen uniformado. Kirchner no debe dormirse en sus laureles de los primeros días. Tiene que levantarse cada vez más temprano y mirar el horizonte. Pero al mismo tiempo seguir barriendo. ●

Por Miguel Bonasso

EL PASIVO

Si algo han dejado claro estos 20 años es que con democracia no "se come, se cura y se educa", como proclamaba Raúl Alfonsín en 1983. Al menos no con "esta" democracia, donde la miseria les arrebata a millones de argentinos su condición misma de ciudadanos. Porque un ser humano reducido a la supervivencia no tiene real libertad de elegir. Y si no que se lo pregunten a esos votantes porteños del castigado sur de la ciudad a quienes los punteros macristas llegaron a comprarles el voto a cinco pesos por DNI.

Esta es la deuda mayor de una democracia construida desde la pax romana del mundo unipolar, desde el discurso único del Consenso de Washington. Pero no es la única.

En estos veinte años, la representación política (salvo honrosas excepciones) se abroqueló en sus transas y privilegios, conformando una corporación bipartidista, en la que los dos partidos mayoritarios fueron perdiendo su contenido histórico y doctrinario, al someterse al dictado de los gerentes, en vez de cumplir el contrato pactado con los electores. Así el radicalismo, el partido de las libertades públicas, promovió las leyes de la impunidad y el olvido, y el justicialismo, que nació de la conjunción entre nacionalismo económico y justicia social, se convirtió en el adalid del proyecto neoliberal. Por su parte el Frepaso, que debía ser la fuerza alternativa, naufragó en el posibilismo y en la alianza con los sectores más reaccionarios del radicalismo.

Este toma y daca generó una subcultura amoral, del vale todo, que ha tenido al menemismo como epítome, pero va mucho más allá de los años del riojano prófugo y llega hasta nuestros días en acuerdos bajo la mesa como los que se celebran en el Congreso nacional y en las legislaturas provinciales, como la de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, donde se le ha otorgado al macrismo y al menemismo lo que la calle terminó por negarle en las urnas.

Duele comprobar, al adentrarse en la lid política, hasta qué punto esta subcultura ha terminado infectando a cuadros que se dicen "progresistas", "populares" y hasta "izquierdistas". Duele comprobar que la lealtad (que para algunos políticos del pasado era una virtud teologal), hoy la compran por moneditas, en el "poroteo" del reparto de cargos, asesores y otras canonjías. Asquean ciertas conductas: como las de algunos oportunistas que se trepan al carro de los candidatos con mayores posibilidades a fin de cubrirse con sus listas sábana, desligarse luego en el momento mismo del triunfo y formar rancho aparte para conseguir (en la Legislatura, por ejemplo) un mayor número de puestos.

El debate ideológico pertenece al Pleistoceno, la definición política puede cambiar en el momento de "cerrar" con el exitoso de turno; la única posición inalterable es la de mantenerse en la poltrona.

La obscenidad de los sobornos para flexibilizar trabajadores o la obsecuencia de votar leyes al dictado del Fondo Monetario Internacional, son extremos de una práctica generalizada, que ha desacreditado el concepto mismo de democracia ante la mayoría del pueblo. Por eso los jubilados, que no tienen plata para comer huevos, se las arreglan para tirárselos por la cabeza a los diputados.

Pero sería un error grave creer que los vicios se limitan al arco parlamentario: buena parte de la militancia está corroída por la desconfianza y fragmentada por el individualismo. Y no sólo la militancia: amplios sectores de la sociedad fueron degradados por el terrorismo de Estado y la fiesta menemista.

El gran pasivo de la democracia (supuesto gobierno de las mayorías) es que las mayorías estén cada vez peor.

Pero también hay un activo de la democracia y sería injusto no citarlo. Año tras año la simple práctica democrática ha ido borrando el terror instalado en la sociedad por aquellos sectores que antes llamábamos oligarquía y hoy aparecen, aggiornados, como establishment. Y esta pérdida del terror ha permitido conquistas muy destacables: que este país sea –por ejemplo– el único de América latina que ha logrado romper la impunidad de los genocidas.

El alzamiento ciudadano del 20 de diciembre de 2001 tendrá consecuencias sociales y políticas aún difíciles de precisar, pero no hay duda de que sin aquel estallido serían impensables las reformas institucionales que está aplicando el nuevo gobierno. Convendría que lo recordaran los que están pidiendo mano dura con los piqueteros.

Parte del activo es el estado de esperanza que aún envuelve a buena parte del pueblo argentino y que debería crecer al compás de la reactivación y la mejor distribución del ingreso.

Sin esa convicción de que podemos cambiar para mejor es imposible retomar la actitud militante y comenzar la ímproba tarea de reorganizar y articular a la sociedad civil para construir –en una democracia cada vez más participativa– el proyecto nacional que nos birló, junto con el patrimonio, el modelo neoliberal.

Nuestra democracia veinteañera atraviesa un momento crucial, gramsciano, en el que lo nuevo no acaba de nacer y lo viejo no acaba de morir. En el que acechan mil peligros y resulta muy difícil reconstruir un Estado parcelado en mafias y quioscos resistentes a las políticas renovadoras. Falta tiempo y faltan cuadros para hacer frente a la emergencia social, pero va creciendo entre los mejores ciudadanos la conciencia de que no queda otra alternativa que el compromiso con la suerte colectiva. O sea el regreso de la sociedad civil a la práctica política. A fin de que la democracia sirva, efectivamente, para comer, curarse, educarse y ser artífice del propio destino.

Pablo Piovano





Adrián Pérez

CLAUSURAR EL HAMBRE

Por José Pablo Feinmann

Durante estos veinte años (hay que decirlo de entrada para golpear más, para que duela más, para que la indignación –si surge– sea mayor) lo que se afianzó en la Argentina, más que la democracia, fue el plan económico de Martínez de Hoz. No podemos extraer a nuestro país del mundo y no podemos dejar de ver que –durante estos veinte años– ese plan se apoderó del casi entero planeta y estamos como estamos: en medio de una catástrofe civilizatoria. Imposible enumerar los abismos que amenazan la condición humana en este nuevo siglo que se abre a partir de la catástrofe de las Torres, producto del Oriente negado pero artillado y manipulado y recreado por Occidente, atónito ahora ante el poder destructivo que no intenta "superar" ni ideológica, ni cultural ni económicamente a un sistema sino, sin más, destruirlo. Simplificando: Ernesto Guevara luchaba por el "hombre nuevo", por una sociedad más justa, por un horizonte en que se dibujaba un mundo sin explotados, sin amos ni ciervos. Osama bin Laden lucha *contra* Occidente, busca destruirlo pero no sabe qué poner en ese lugar que quedará yermo, vacío. No pareciera que una sociedad nueva, que "supere" los horrores del Imperio neoliberal, pueda edificarse sobre el espacio nihilizado del Ground Zero. El terrorismo, a su paso, deja ruinas. Defiende una cultura arcaica, una cultura de resistencia que llegó a su esplendor en el siglo XIII, pero no tiene un proyecto histórico-civilizatorio que *haga caminar* la Historia: sólo sabe destruirla. De esa destrucción es responsable el Occidente capitalista. El Mago ya no sabe conjurar las potencias que desató.

Este proyecto se inicia en nuestro país en marzo de 1976. Hay que acabar con el Estado de Bienestar, desregular la economía, abrir el país al capital desterritorializado. Está en la "Carta" de Walsh. Ya él habla de la "nueva oligarquía financiera". Videla representa el "Estado", entendido en su función esencialmente represora. Martínez de Hoz representa el capitalismo financiero que se dispone a contraer la peste del sometimiento: la deuda. En 1976, esto tenía que hacerse *sin* democracia, aniquilando a las comisiones internas de un sindicalismo que sabía combatir (Villa Constitución), a los restos de una guerrilla sin consenso, sin bases sociales y crecientemente identificada con el militarismo que decía enfrentar y una población sofocada por el terror y complaciente ante el "orden" que los cuarteles siempre ofrecen a la sociedad. La sociedad paga el precio de ese orden dejando de ser libre. El gran triunfo de eso que Walsh llama "miseria planificada" (basándose en *apenas* un 9 por ciento de desocupación al momento de escribir su *Carta*) reside en seguir aplicando el plan del hambre sin represión y con el respaldo de la democracia. El poder empresarial, concentrado, da el golpe de 1989, conocido como "hiperinflación" y ya no necesita militares ni matanzas. Los políticos se habían rendido en 1987, con la casa ordenada que proclama Alfonsín y ese Felices Pascuas que nos condenaba a la pasividad, a la reclusión en el hogar, a la ausencia de la Historia. Con Menem el esquema llega a su perfección. El peronismo pone lo que antes ponía la espada: la aceptación, la abulia de los sindicatos, su derrota, su corruptibilidad infinita y la mansedumbre de las "mayorías". Populismo y neoliberalismo consiguen una complementación devastadora para el país. El partido que había creado al Estado keynesiano de 1946, los sindicatos, el estatuto del peón, los abogados sindicales, las vacaciones pagas y –nada menos– el partido que había logrado la más alta distribución del ingreso en beneficio de la clase obrera se consagra a desmantelar rabiosamente la soberanía nacional que habían proclamado sus escritores tutelares durante años: Jauretche, Scalabrini Ortiz, Hernández Arregui. De Jauretche, durante los noventa, no se acordó nadie. Ese "olvido de Jauretche" fue paralelo al perfecto mecanismo del despojo que el peronismo (con el invalorable apoyo del "partido tapón", del radicalismo del Pacto de Olivos) ejecuta. Privatizaciones, mafias, negociados, y una banca acreedora cómplice que gana siderales intereses prestándole a un Gobierno corrupto, ya no cerca de Keynes, sino de Vito Corleone y Milton Friedman y Hayek y Martínez de Hoz. "Yo apoyo la reforma Menem, no al peronismo", decía por esos años Alvaro Alsogaray. La alquimia fue perfecta. El peronismo (con la alianza de todo el espectro político, salvo uno que otro caso) eliminó la "política", la "sociedad", farandulizó la vida, frivolizó la indecencia y le entregó el país al capital desterritorializado, al capitalismo financiero neoliberal, al mercadismo oligopólico, a la globalización del tardocapitalismo que (vía revolución comunicacional) se propuso, sin más, liquidar el Estado nacional, la identidad nacional, la cultura nacional, en suma, el país. En el 2002, la Argentina no existía. Era un despojo, un cadáver, un muñeco bobo. Sólo existía el "aparato" del partido hegemónico: el aparato "justicialista" al que se llamó (recurriendo al nombre de su caudillo) aparato "duhaldista". De este "aparato" surge un nuevo presidente, inesperado, sorpresivo y a veces sorprendente que abre un proceso que está, hoy, en un punto explosivo. Me explico: la sociedad argentina siempre señaliza al Otro demoníaco. Las montoneras federales en el siglo XIX, los anarquistas libertarios en el XX, los cabecitas negras, la subversión, la "delincuencia" y, ahora, los piqueteros. Las clases medias caceroleras se han deslizado a una histeria que pide mano dura. Los medios –en manos de una derecha fascistoide y payasesca por lo burda, grosera pero, desdichadamente, eficaz– reclaman orden, mano dura, represión. Esos "medios" son banales y hasta ofensivos por el nivel bastardo-ideológico en que se mueven, pero tienen una penetración tan alta como las calificaciones que se ponen a sí mismos, ya que si tienen un canal se ponen nueve, y si tienen una radio, diez. Entre tanto, el poder económico y la banca acreedora (a los cuales el llamado "menemismo" entregó todo) siguen sus negocios y esperan el fracaso de un presidente al que asocian con la primavera, así de liviano y efímero desean que sea, esperan que será.

En veinte años la "democracia" sirvió para darle al poder económico eso que antes sólo podía darle la espada: un espacio ordenado para sus negocios, esta vez con los oropeles de la "libertad" política. No sólo no se hizo nada por "democratizar la riqueza", sino que se escupió a los obreros del espacio social. Se liquidó la industria. El mercado interno. El consumo. Sin industria, no hay obreros, no hay trabajo. Sin trabajo hay delincuencia y desesperación. Los piqueteros *no estaban* en la calle, allí los tiró el desempleo. Cuando eran obreros elegían el arma de protesta más legítima de la clase obrera: la huelga. Ya no son obreros. Son excluidos, marginados, un escupitajo de la voracidad de un poder incapaz de crear trabajo. Cuando eran obreros se reunían en la fábrica, en el sindicato. Ahora que son nada sólo pueden llegar a ser "algo" (lo que hoy son: "piqueteros") reuniéndose en el único lugar que les queda (porque ni casa tienen): la calle. Ahí, donde usted se los encuentra. Y se enfurece. Y espera (como todo nuestro dilatado racismo vernáculo, lleno de odio y de peste) que el Gobierno los masacre, que ponga orden, que los mate como antes supo matar a los federales, a los anarquistas y a los subversivos. Hoy, la democracia argentina se juega ahí. Si el Gobierno reprime, se hunde. Hace lo que toda la derecha ideológica está esperando. Piqueteros muertos. El tema es una bomba social. Ya que esa derecha ideológica sin duda ha infiltrado a los hambrientos que piden trabajo. Y *desde adentro* es capaz de provocar sin límites.

La democracia, para resolver esta encrucijada, tiene que recurrir a la política y al poder distributivo del Estado. En economía, lo que tiene que "cerrar" son los "números". En política (y entiendo por "política" una praxis que contempla esencialmente los "derechos humanos") lo que tiene que cerrar es el "hambre". Y si para "cerrar el hambre" (clausurarlo) hay que patear el tablero de la economía y los economistas, llegó el momento de hacerlo. ●